



Al terminar la cuaresma llega el momento de conmemorar la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Después de la entrada triunfal en Jerusalén (*Domingo de Ramos*) recordamos la institución de la Eucaristía (*Jueves Santo*), oramos junto al Señor en el Huerto de los Olivos y le acompañamos por el doloroso camino que termina en la Cruz (*Viernes Santo*). Los relatos evangélicos nos ayudan a revivir los hechos acaecidos en aquellos días. De ese modo, guiados por la Liturgia de la Iglesia, celebramos nuestra Redención: Jesucristo decide libremente tomar nuestro lugar y recibir el castigo merecido por nuestros pecados.

La Iglesia nos invita a cuidar el recogimiento interior, haciendo un alto en las labores cotidianas para contemplar en algún momento, con el corazón dispuesto a volver a Dios. Para los cristianos no es el recuerdo, sin más, de unos hechos históricos cualesquiera; es la contemplación del *amor de Dios* que permite el sacrificio de su Hijo, el *dolor* de ver a Jesús crucificado, la *esperanza* de ver a Cristo que vuelve a la vida y el *júbilo* de su Resurrección.

En los inicios de la cristiandad se acostumbraba visitar los santos lugares. Como la mayoría de los fieles no podían llevar a cabo esta peregrinación, pronto cobra mayor importancia la participación en los actos litúrgicos que culminan con la solemnidad de la Resurrección del Señor. Es en el domingo de Pascua cuando tiene lugar la celebración más importante de todo el año litúrgico, porque en ella conmemoramos lo que constituye el fundamento de nuestra fe. Lo recordará San Pablo: *Si Cristo no hubiese resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe (1Cor 15,14)*

Aún con la asistencia a las celebraciones podemos quedarnos en lo anecdótico, sin nada que nos motive a ser más congruentes con la fe que profesamos. La *unidad de vida* requiere la imitación del maestro, buscar parecernos más a Él. Para nosotros no existen cosas extraordinarias. Calumnias, disgustos, problemas familiares, dificultades económicas y todos los contratiempos que se nos presentan servirán para identificarnos con el sufrimiento del Señor en la pasión, sin olvidar el perdón, la paciencia, la comprensión y la generosidad para con nuestros semejantes. La muerte de Cristo nos invita a morir también, no físicamente, sino a luchar por alejar de nuestra alma la sensualidad, el egoísmo, la soberbia, la avaricia... la muerte del pecado para estar debidamente dispuestos a la vida de la gracia.

Resucitar en Cristo es abandonar las tinieblas del pecado y volver a vivir conforme a la dignidad de hijos de Dios. Así, mediante la contemplación de estos misterios y el deseo renovado de vivir como verdaderos cristianos, la pasión, muerte y resurrección adquieren un sentido nuevo, profundo y trascendente, que nos llevará, en un futuro, a gozar de la presencia del Resucitado... para siempre.



Lectura del evangelio según San Marcos (11,1-10)

Se acercaban a Jerusalén, por Betfagé y Betania, junto al monte de los Olivos, y Jesús mandó a dos de sus discípulos diciéndoles: *Id a la aldea de enfrente y, en cuanto entréis, encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta por qué lo hacéis contestadle: 'El Señor lo necesita y lo devolverá pronto'.*

Fueron y encontraron el borrico en la calle, atado a una puerta, y lo soltaron. Algunos de los presentes les preguntaron: *¿Por qué tenéis que desatar el borrico?* Ellos les contestaron como había dicho Jesús; y se lo permitieron.

Llevaron el borrico y le echaron encima sus mantos, y Jesús se montó. Muchos alfombraron el camino con sus mantos, otros con ramas cortadas en el campo. Los que iban delante y detrás gritaban: *Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor. Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David. ¡Hosanna en el cielo!*

Palabra del Señor

Lectura de la profecía de Isaías (50,4-7)

Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los iniciados. El Señor me abrió el oído. Y yo no resistí ni me eché atrás: ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos.

El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Palabra de Dios

Salmo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza:

Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre, si tanto lo quiere. R/.

Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. R/.

Se reparten mi ropa, echan a suertes mi túnica.

Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. R/.

Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré.

Fieles del Señor, alabadlo; linaje de Jacob, glorifícalo; temedlo, linaje de Israel. R/.

Lectura de la Carta de San Pablo a los Filipenses (2,6-11)

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el *Nombre-sobre-todo-nombre*; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Palabra de Dios

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según San Marcos (Mc 15,1-39)

C. Apenas se hizo de día, los sumos sacerdotes, con los ancianos, los escribas y el Sanedrín en pleno, se reunieron, y, atando a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato.

Pilato le preguntó:

S. – *¿Eres tú el rey de los judíos?*

C. Él respondió:

+ *–Tú lo dices.*

C. Y los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas.

Pilato le preguntó de nuevo:

S. – *¿No contestas nada? Mira cuántos cargos presentan contra ti.*

C. Jesús no contestó más; de modo que Pilato estaba muy extrañado. Por la fiesta solía soltarse un preso, el que le pidieran. Estaba en la cárcel un tal Barrabás, con los revoltosos que habían cometido un homicidio en la revuelta. La gente subió y empezó a pedir el indulto de costumbre.

Pilato les contestó:

S. – *¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?*

C. Pues sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado por envidia. Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás.

Pilato tomó de nuevo la palabra y les preguntó:

S. – *¿Qué hago con el que llamáis rey de los judíos?*

C. Ellos gritaron de nuevo:

S. – *¡Crucifícalo!*

C. Pilato les dijo:

S. – *¿Pues qué mal ha hecho?*

C. Ellos gritaron más fuerte:

S. – *¡Crucifícalo!*

C. Y Pilato, queriendo dar gusto a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

C. Los soldados se lo llevaron al interior del palacio –al pretorio– y reunieron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo:

S. – *¡Salve, rey de los judíos!*

C. Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacaron para crucificarlo.

C. Y a uno que pasaba, de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, lo forzaron a llevar la cruz. Y llevaron a Jesús al Gólgota (que quiere decir lugar de *la Calavera*), y le ofrecieron vino con mirra; pero él no lo aceptó. Lo crucificaron y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno. Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: *El rey de los judíos*. Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Así se cumplió la Escritura que dice: *Lo consideraron como un malhechor*.

C. Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo:

S. – *¡Anda!, tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz.*

C. Los sumos sacerdotes con los escribas se burlaban también de él, diciendo:

S. – *A otros ha salvado, y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos.*

C. También los que estaban crucificados con él lo insultaban.

C. Al llegar el mediodía, toda la región quedó en tinieblas hasta la media tarde. Y, a la media tarde, Jesús clamó con voz potente:

+ *–Eloí, Eloí, lamá sabaktaní.*

C. Que significa:

+ *–Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

C. Algunos de los presentes, al oírlo, decían:

S. – *Mira, está llamando a Elías.*

C. Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber, diciendo:

S. – *Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo.*

C. Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. (todos se arrodillan)

C. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.

El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo:

S. – *Realmente este hombre era Hijo de Dios.*

Palabra del Señor